

Después de medio siglo de disputas, en el marco de la beatificación de su antepasada la Reina María Cristina

HISTÓRICA RECONCILIACIÓN DE LAS DOS FAMILIAS BORBÓN-DOS SICILIAS EN NÁPOLES



El príncipe Carlos de Borbón-Dos Sicilias y el duque de Noto, en representación de su padre, duque de Calabria, han firmado un Acta de Reconciliación Familiar, en la que se reconocen los títulos dinásticos y en la que se sientan las bases de una nueva era para la Casa Real





Junto a estas líneas, juntas por primera vez las dos familias. De izquierda a derecha, el príncipe Jaime de Borbón-Dos Sicilias, duque de Capua; sus padres, los príncipes, Pedro y Sofía, duques de Noto; los príncipes Camila y Carlos de Borbón-Dos Sicilias y sus dos hijas, las princesas María Carolina, duquesa de Palermo, y María Chiara, duquesa de Capri. A la izquierda, arriba, los príncipes Carlos y Camila, recibidos por cientos de seguidores a la salida de la basílica donde tuvo lugar la beatificación de su antepasada la Reina María Cristina. A la izquierda, en el Circolo Nazionale dell'Unione de Nápoles, el duque de Castro pronunciando su discurso. A su lado, sus hijas, porque «quería que compartieran conmigo este momento tan especial de mi vida». Junto a esa foto, el duque de Capua, en su turno de palabra, junto a su padre, el duque de Noto



POR fin, la beatificación de María Cristina de Saboya, Reina de las Dos Sicilias, ciento setenta años después de su muerte. Y, por fin, también, en la misma ciudad de Nápoles, la firma de acercamiento y reconciliación de las dos ramas de la Casa Real de Borbón-Dos Sicilias —una española y otra italiana—, después de cincuenta y cuatro años de disputas, incomprensiones y malentendidos familiares.

Un excepcional momento para la casa y la dinastía que ha quedado unido a la beatificación de su antepasada con una histórica Acta de Reconciliación Familiar, en la que se reconocen recíprocamente los títulos dinásticos y en la que se sientan las bases para el principio de una nueva era. La firman en Nápoles, a fecha del 25 de enero, Pedro de Borbón-Dos Sicilias, duque de Noto, y Carlos de Borbón-Dos Sicilias, duque de Castro.

«Por un lado, el príncipe don Carlos de Borbón-Dos Sicilias, duque de Castro, y la princesa doña Camila de Borbón-Dos Sicilias, duquesa de Castro, ambos en nombre propio y en representación personal y dinástica, además de en representación de sus hijas, la princesa María Carolina, duquesa de Palermo, y la princesa María Chiara, duquesa de Capri. Y, por otro, el príncipe don Pedro de Borbón-Dos Sicilias, duque de Noto, en nombre propio y en representación de su padre el príncipe don Carlos de Borbón-Dos Sicilias, duque de Cala-

aceptado la invitación de pasar juntos y “en un espíritu de familia” una noche tan especial, ya que creo que es por la intercesión milagrosa de María Cristina por la que hoy nos hemos reunido todos aquí».

El príncipe Carlos recuerda —el presente es lo que cuenta y no se mira atrás— lo sucedido entre las dos familias en el último año. Desde el momento en el que decidió «hablar con el príncipe Pedro, primero en París y después en Madrid, dos importantes reuniones en las que ambos descubrieron que abrigaban los mismos sentimientos —también el duque de Calabria deseaba la unión— y la misma disponibilidad para una plena cooperación, después de casi sesenta años de discordias y disputas que “parecían organizadas por otros justo para dividirnos”».

Toman la palabra el duque de Noto, quien se dirige al duque de Castro como querido Carlos, y, a continuación, su hijo, Jaime, duque de Capua: «Mi padre, el príncipe don Pedro, me ha confiado la tarea de contestar a las amables palabras pronunciadas por mi tío el príncipe don Carlos, duque de Castro. Para mí se trata de una tarea muy gozosa. Ver hoy reunida a gran parte de mi familia en esta maravillosa ciudad que fue capital del Reino de nuestros antepasados, estar acompañado por tantos amigos y el hecho de que el motivo de este feliz encuentro sea la subida a los altares de una Reina de nuestra



Junto a los dos mil invitados presentes (arriba), los príncipes Carlos y Camila junto al príncipe Pedro minutos antes de que diera comienzo la beatificación de su antepasada en la basílica de Santa Chiara, el templo gótico más grande de Europa. Angelo Amato, prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, presidió la Misa como enviado del Papa. A la izquierda, los duques de Noto, la princesa Ana de Orleans, duquesa de Calabria y Clotilde de Saboya, princesa de Venecia



84

«Hemos vivido con esperanza y alegría el acercamiento familiar y estamos felices de que se haya alcanzado este acuerdo», dijo el duque de Noto

bria, infante de España, por este expresamente encargado al objeto de llevar al cumplimiento la presente conciliación, junto a la de la princesa consorte doña Sofía, duquesa de Noto, y su hijo, el príncipe don Jaime de Borbón-Dos Sicilias, duque de Capua.

Reconociendo que las divisiones y disputas entre ambas ramas no han producido más que división y pérdida de prestigio de la dinastía, lejanos al buen ejemplo de la concordia familiar que se espera de una Casa Real tan ilustre, ambas partes acuerdan poner todo su empeño en alcanzar un espíritu de concordia y comprensión, reconociéndose como primos, con el tratamiento y los títulos de uso común de ambas partes y de los propios descendientes y actuando públicamente como una familia única».

LOS DUQUES DE CASTRO, ANFITRIONES DE LA «CENA DE LA PAZ»

La firma del acta tiene lugar en el hotel Excelsior, aunque para la celebración del histórico hecho se elige el marco del gran salón de recepciones del Circolo Nazionale dell'Unione. El príncipe Carlos y su esposa, la princesa Camila, se han encargado de organizar dos días de eventos y ceremonias en honor a sus invitados. Así, durante la «cena de la paz» previa a la Misa de beatificación, el duque de Castro da la bienvenida a sus «queridísimos primos que vinieron de España, Portugal, Francia, Austria, Alemania, Bélgica, Suiza, Inglaterra y, por último, Brasil y a los muchos amigos por haber

familia, María Cristina, cuya profunda fe y sentimientos de amor por el prójimo han sido subrayados por mi tío Carlos, representa un conjunto de factores que no pueden más que alegrarme, sobre todo cuando este importante evento se produce tras la celebración de los mil setecientos años de la promulgación del Edicto de Milán por parte del Emperador Constantino el Grande, a quien estamos indisolublemente ligados a través de la Orden que lleva su nombre.

«TUS PRIMOS ESPAÑOLES ESTAMOS FELICES»

Nosotros, tus primos españoles estamos felices de que se haya alcanzado este acuerdo, y ponemos bajo la protección de la nueva beata la Reina María Cristina y de San Jenaro, patrón de Nápoles y, naturalmente, de la Santísima Virgen de las Victorias de Pompeya esta beneficosa nueva etapa para nuestra dinastía».

Tras los brindis por una nueva era, los duques de Castro ofrecen una gran cena inspirada en la tradición de la cocina napolitana de los Borbón. Cada plato se acompaña de anécdotas, citas y curiosidades históricas... Serpentinatas, confeti de colores, centros de flores, intercambio de regalos y folclore musical napolitano. Todo se ha cuidado hasta el más mínimo detalle.

«Hemos vivido con esperanza y alegría el acercamiento familiar que se ha producido», dice el duque de Noto. «Estamos muy felices», añade su madre, la princesa Ana, duquesa de Calabria.

Sellada la paz, las dos familias se disponen a vivir el gran acontecimiento de la beatificación de su antepasada, una histórica celebración que tuvo lugar tan solo horas después de la firma del acta —25 de enero— en la basílica de Santa Chiara, el templo gótico más grande de Europa. Y también la iglesia que alberga las tumbas de los Reyes Borbones, desde Fernando hasta Francisco II.

Junto a los dos mil invitados presentes, la Familia Real de los Borbón-Dos Sicilias, los príncipes Carlos y Camila; sus hijas, las princesas María Carolina y María Chiara; la princesa Beatriz y el príncipe Casimiro de Borbón-Dos Sicilias; doña Edoarda Crociani, madre de la duquesa de Castro; la princesa Ana de Orleans, duquesa de Calabria; los duques de Noto y el hijo de ambos, el príncipe don Jaime; la princesa María de Borbón-Dos Sicilias y Orleans y su marido, el archiduque Simeón de Austria; la princesa Inés de Borbón-Dos Sicilias y Orleans; la princesa doña Teresa de Borbón-Dos Sicilias, y su hija, Beatriz Moreno y de Borbón-Dos Sicilias. Junto a ellos, la princesa María Gabriela de Saboya, la princesa de Venecia, los duques de Aosta, el príncipe Sergio de Yugoslavia, el duque de Bragança y gran parte de los descendientes de las estirpes más antiguas del Sur de Italia, entre otros príncipes y nobles llegados a Nápoles y desde todos los rincones de Europa.

MADRE DE LOS POBRES

Ofician la solemne ceremonia los cardenales Crescenzo Sepe, arzobispo de Nápoles; Angelo Amato, prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos —como enviado del Papa, preside la Misa de beatificación— y Renato Martino, uno de los grandes priores de la Orden Constantiniana de San Jorge.

Amato califica a la nueva beata como «auténtica reina de la caridad» y como «un modelo para la Iglesia». «La beatificación de María Cristina demuestra que la puerta estrecha de la santidad puede ser cruzada por todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, hombres y mujeres, sacerdotes y laicos, porque lo esencial de la

El príncipe Carlos, anfitrión de las celebraciones de bienvenida junto



a la princesa Camila, dijo: «Creo que es por la intercesión de la Reina María Cristina por la que hoy nos hemos reunido todos aquí»

santidad consiste en amar a Dios y al prójimo con todas las fuerzas. Son los santos como la Beata María Cristina quienes despiertan al mundo. Los santos vuelven a poner las cosas en su lugar, mostrando cómo la pobreza, la misericordia, la pureza, la justicia, la paz, el compartir son dichas que edifican la sociedad, haciéndola más sana y más humana. Los santos sanean la sociedad de las impurezas de los vicios, devolviendo valor a la virtud y dignidad a la vida».

Un mensaje muy cercano al del propio Papa —es la primera beata declarada por Francisco—, quien recordó, tras el ángelus del domingo, la proclamación «de esta mujer de profunda espiritualidad y de gran humildad que supo hacerse cargo de los sufrimientos de su pueblo, convirtiéndose en verdadera madre de los pobres». Una mujer joven que comprendió cómo la auténtica riqueza es la del corazón. La creencia que llevó hasta todos y que le abrió el camino hacia la santidad. Un camino que, desde su posición, han recorrido otras Reinas en la historia: Santa Margarita de Escocia e Isabel de Portugal (siglo XIII) y Santa Edwige de Polonia (siglo XIX).

María Cristina de Saboya, a quien el pueblo apodaba la «Reginella Santa» por su gran devoción religiosa, murió, con apenas veintitrés años, el 31 de enero de 1836, al dar a luz a Francisco, destinado a convertirse en el último Rey de las Dos Sicilias. «Cuando crezca le explicarás que he muerto por él», le dijo a su esposo, Fernando II, que fue el que puso en marcha el proceso de beatificación, aunque no fue hasta el año pasado cuando el Papa Francisco autorizó la promulgación del decreto que reconoce el milagro atribuido a su intercesión. Un milagro que la llevó al honor de los altares, tras serle atribuida la curación de la genovesa María Vallarino, afectada por un tumor altamente maligno e incurable de mama, en junio de 1866.

Texto: PILAR RUBINES
Fotos: JAVIER ALONSO



El príncipe Carlos y su esposa, la princesa Camila —en la imagen de arriba, junto a sus hijas—, organizaron en Nápoles dos días de eventos y ceremonias en honor a sus invitados. La «cena de la paz» tuvo lugar en el Circolo Nazionale dell'Unione. A la derecha, la princesa Camila recibiendo a María Gabriela de Saboya